

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA,

consagrada à la

VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm 714

Alicante 9 de Agosto de 1884

Año XV.

Un amigo nuestro nos ha remitido el siguiente escrito en contestacion á uno de los párrafos de la *Protesta* de la Constante Alona. Se lo agradecemos; pues, nos ha evitado el trabajo de hacerlo nosotros.

CARTA Á LOS HH. ALONENSES.

Carísimos hh.:

He leído la *elocuentísima* protesta que habeis publicado contra la Encíclica *Humanum genus* del Papa Leon XIII. No sé si esto os habrá sido ordenado en alguna *plancha* del Gran Or.; pero veo que es grande lo que vosotros estais haciendo.

Vuestra *protesta*, que, dicho sea de paso, está muy mal escrita, contiene el siguiente párrafo, cuya lectura me ha dejado patidifuso:

«¿Qué es para el catolicismo un recién nacido? una criatura maldita ya al nacer por la culpa cometida por sus primeros padres; pero

»que las aguas del bautismo la purifican (el estilo no puede ser más correcto y elegante,) dejándola limpia de pecado; más si esta criatura nace en Ginebra, en Constantinopla, en Madrás ó en Pekin, en cualquier parte donde no se profese el catolicismo, de nada le sirve estar dotada de todas las virtudes, de todas las pasiones del alma y del espíritu (!!!); de nada le sirve sino vá á beberlas (¿las qué, las pasiones del alma y del espíritu?) en las aguas del Jordán; su condenacion es irremisible, porque fuera de la Iglesia Católica no hay salvacion.»

Dejemos aparte carísimos hh. vuestro descubrimiento de que un recién nacido puede tener «pasiones del alma y del espíritu» (alma y espíritu se necesita tener para no morir de pasion de.... gusto leyendo tales cosas); por todos los triángulos del orbe masónico, y por todas las escuadras y mandiles, os juro que nunca en mis largos años de estudios habia leído ni oído,

que la Iglesia católica condenara á los niños que mueren sin bautismo. Paréceme que Vds. se parecen en mucho á los héroes de la fábula; y nuevos Hércules y Belerofontes, finjen Vds. quimeras para tener el placer de destruirlas.

Unas líneas más abajo de las transcritas llamais á Jesucristo *uestro maestro*; pues digo que sois discípulos muy desaprovechados, porque sino sabriais que El es el que ha dicho que «fuera de la Iglesia no hay salvacion», doctrina que calificais de *absurda*, no obstante que llamais *divina* la enseñanza de Cristo seis renglones despues. Leed, carísimos hermanos.: leed el cap. 3.º de San Juan al v. 5.º, y allí vereis que dice: «el que no hubiere renacido por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios.» Si pues, esta doctrina es *absurda*, segun vosotros la llamais, sabed que es de Jesucristo, á quien decis (¡horrible blasfemia!) *uestro maestro*, y cuyas leyes habeis llamado *divinas*.

Y como dados ciertos elementos, puede construirse un triángulo, vais á permitirme que yo construya uno con los anteriores que me habeis dado; Segun vosotros, son divinas las enseñanzas de Cristo; es así que entre estas enseñanzas está la de que fuera de la Iglesia no hay salvacion; luego ésta es enseñanza divina. Es así que vosotros habeis ca-

lificado de absurda esta enseñanza; luego... plancha.

Y vengamos á lo de los recién nacidos que mueren sin bautismo. ¿Querrán ustedes decirme, venerables herm.: dónde y cuándo ha enseñado la Iglesia católica que tales niños se condenan irremisiblemente? Porque yo, que he manejado bastantes libros de Teología, no recuerdo haber leído nunca tal cosa; sin duda debe haberles confiado á ustedes este secreto el Gran Arquitecto del Universo, ó tal vez se hallará escrito en algun arquitrave, corniza ó columna de algun *templo*, á donde no alcanzan las miradas de los profanos.

El Catecismo del P. Ripalda, que es el texto de la doctrina cristiana adoptada en las escuelas de niños, (hasta tanto que Vds. las secularicen, si nosotros lo consentimos) enseña que hay *cuatro senos ó lugares* de las almas que no van al cielo: el primero el de los dañados que mueren en pecado mortal; *el segundo el de los niños que mueren sin bautismo.....*; con lo que claramente se dice que estos tienen destinado un lugar aparte, que no es el de los que se condenan.

Los hh.: alonenses no sabian esto, y no es extraño: necesitan el tiempo para reclutar *primos* hh.: y extender diplomas que produzcan algunos *emolumentos*, y vamos pasando. Y á propósito ¿querrán decirnos

cuántos han caído en Novelda? porque tengo entendido que aquí la mies ha sido abundante; hasta que caigan en la cuenta, como los hermanos de las lógias *Aspis é Ilicitana*, que cansados de ser hh.: primos se negaron á satisfacer ciertos derechos y fueron disueltos sin respeto á la fraternidad.

Y volviendo al asunto de los niños resulta, que aquí no hay más sino que Vds. tan ilustrados y todo, como que viven, segun dicen, en la region de la luz, están en la más supina ignorancia de lo que reza la doctrina católica en este como en todos los demás puntos, y blasfeman lo que ignoran. Vds. han oido que los niños que mueren sin bautismo no se salvan, es decir, no entran á gozar de la vision beatífica de que gozan los que mueren bautizados, y han dicho: luego se condenan, lo cual es muy distinto.

—¿Pues á dónde van? ¿cuál es el estado de los niños no bautizados, despues de la muerte?

Voy á decirselo á ustedes, cumpliendo el precepto de Jesucristo que nos dijo: «lo que oyereis al oido predicadlo sobre el tejado», precepto que ustedes cumplen exigiendo á sus iniciados el juramento de no revelar á nadie los secretos que se les confien; bien es verdad que el mismo Jesucristo dijo: «el que aborrece la luz es porque camina en el pecado.»

Digo, pues, que tres son los lu-

gares á donde definitivamente irán á morar las almas eternamente: 1.º El *cielo*, que poseerán las que purificadas de la culpa original por el bautismo, conserven la gracia hasta la muerte, ó si la perdieron, la recobren por la penitencia y mueran en amistad con Dios. 2.º El *infierno*, á donde irán los que, abusando de su libertad; hayan desobedecido los preceptos de Dios y mueran en pecado mortal; y 3.º El destinado á los niños, que no habiendo recibido el Bautismo ni abusado de su libertad, no pueden entrar en el cielo ni deben ir al infierno.

—Pero ¿cómo se llama este lugar?

—El nombre no importa; llamarle, si quereis, *limbo*, ó no le llameis de ningun modo; lo que importa es saber cuál será el estado de estas almas en dicho lugar: pues bien, segun San Agustin, y ambos Gregorios Niceno y Nacienceno, Sto. Tomás y otros padres y doctores, el estado de esos niños será tal, *que no les pese haber nacido*.

(Se continuará.)

HEROISMO DE UN OBISPO.

Sin comentarios, porque un hecho tan notable no los necesita, publicamos los siguientes documentos que publica el *Nacional* de Méjico: «El señor gobernador y principa-

les comerciantes de Colima dirigieron al Ilmo. Sr. Vargas el siguiente telégrama.

«Ilmo. Señor:

»La Sociedad de Colima, hondamente impresionada, ha sabido la resolución tomada por V. S. I. y puesta en práctica, de trasladarse al puerto de Manzanillo para prestar sus sacerdotales servicios á la población que está siendo víctima de la fiebre amarilla, en virtud de no existir un ministro apto en aquel puerto: acción nobilísima, que dá la medida de la heroicidad de V. S. I. en esto; pero la sociedad no puede resignarse á que la interesante existencia de V. S. I. se ponga en peligro; y por nuestro conducto le ruega encarecidamente se digne revocar la resolución que tan valerosamente ha tomado, sirviéndose volver á esta ciudad, donde su presencia y sus inapreciables servicios pastorales son de una necesidad inexplicable en los cortos límites de este mensaje.

»Firmados: Miguel Madrid.—Estéban García.—Francisco Santacruz. Jildardo Gomez.—Arcadio Vega.—Arnoldo Vogel.—(Siguen las firmas.)»

Su Ilustrísima les contestó, como lo hemos referido, así:

«Señores:

«Acabo de recibir dos telégramas que por sí y en representación, la culta ciudad de Colima tuvo la bon-

dad de dirigirme al «Paso del Rio» en dirección á Manzanillo. Ya he regresado, accediendo á las súplicas de los señores eclesiásticos y otras personas caracterizadas; así como habia consentido de buena voluntad en modificar mi resolución, atendiendo á la generosa súplica que ustedes me dirigieron; cubiertas ya las necesidades de Manzanillo.

»Pero es preciso consignar aquí, para honra de mi virtuoso clero, que no faltaron eclesiásticos bien dispuestos á obedecerme y aún á afrontar el peligro con solo mi insinuación; más la verdad es, que á mi me faltó valor para mandar más víctimas á la enfermedad, ó tal vez á la muerte, por el inminente riesgo de un contagio en aquella localidad, y quise mejor mandarme á mi mismo, enviándome sin que nadie se apercibiera de mi salida de esta capital, como en efecto lo verifiqué; pero, cuando fué preciso hacer de mi secreto la revelación, ya estaba á ocho leguas distante de esta población.

»Mi salida fué á las tres ménos cuarto del día 21 del corriente, y á las siete y media de la noche tuve necesidad de hacer alto para pernotar y continuar al amanecer hasta el término de mi jornada; más, la Providencia Divina dispuso las cosas de otra manera.

»Al prepararme á montar al día siguiente, me rodearon muchas personas, seglares y eclesiásticas, que

para alcanzarme caminaron por de noche, llegando unos á las doce, otros á las dos y otros á las tres de la mañana, é hincados me suplicaron no continuara mi camino; no pude resistir, y quebrantando mi voluntad á más no poder, tuve allí que disponer lo conveniente para el mútuo auxilio de los cinco eclesiásticos avanzados y en peligro, que tengo en los lugares donde reina el espanto y la muerte, y volverme para llegar en la noche al lugar de donde me habia alojado.

»Al dar cuenta de lo que hice en mi jornada á la selecta sociedad que tanto se interesa por mí, no tengo otro objeto que manifestar mi cordial agradecimiento y reiterarme vuestro afectísimo Prelado, que en Dios Nuestro Señor os ama.—Francisco, Obispo de Colina.»—

CONVERSIONES NOTABLES.

La semana pasada abjuró solemnemente los errores de la secta luterana y entró en la Iglesia católica el príncipe Federico Guillermo Enrique de Hesse. Este príncipe es uno de los hijos del elector de Hesse Cassel, soberano desposeido de sus Estados por Prusia en 1866.

El príncipe que acaba de abjurar descende en línea recta de Santa Isabel de Hungría y de Felipe de

Hesse el Magnánimo, y su casa es la continuación de la de Turingia.

La abjuración tuvo lugar en la nunciatura de París, oficiando el Nuncio, asistiendo los Prelados de la nunciatura, la marquesa de Rende y el padrino. Empezó á las diez de la mañana la ceremonia. El neófito, arrodillado ante la puerta de la capilla, esperó á que llegara el Nuncio, quien, rodeado de sus familiares y revestido de capa y mitra, hizo abrir las puertas.

Terminada la abjuración solemne que debe preceder á la profesión de fé, el príncipe respondió á las preguntas que se le hacian, diciendo: «sí creo». Después cerráronse de nuevo las puertas y se abrieron al cabo de un rato para que el neófito llegase al pié del altar. Allí, puesta la mano sobre el Evangelio, el príncipe recitó el Credo, símbolo prescrito por la Iglesia para la abjuración. El señor Nuncio dijo enseguida la Misa, en la que dió la Comunión y administró la Confirmación al convertido.

Este suceso ha causado gran impresión en París, y en Alemania la causará mayor, pues la abjuración de un príncipe de Hesse, poco después de la conversión de la reina madre de Baviera, del duque Pablo de Mecklemburgo y de otro augusto personaje, cuyo nombre aún no se dice por graves razones, no puede menos de regocijar á los católicos y

hacer reflexionar á los luteranos. Y tambien puede, mejor dicho, debe causar á todos gran impresion el hecho que está ocurriendo en el palacio imperial de Alemania desde hace dos años, porque prueba la inmensa ventaja que los católicos llevan á los protestantes en el ejercicio de las obras de caridad y de gran realce á las comunidades religiosas.

Sabido es que la emperatriz Augusta padece hace dos años una grave enfermedad, complicada últimamente con graves dolores; pues bien la emperatriz tiene desde el principio de su mal como enfermera, no una señora protestante, sino una religiosa de las hermanas de San Clemente de Munster. Y habiendo esta, por el extraordinario trabajo, caído enferma, la emperatriz, sin separarse de ella, hizo venir otra hermana, y por fin otra, de San Vicente de Paul.

De modo que en el palacio imperial donde se firmaron las célebres leyes de Mayo contra los católicos, se acude á ellos cuando la necesidad lo exige. Este hecho, además, ha dado origen al rumor de que la emperatriz trataba de convertirse al catolicismo, rumor que, aunque no sea cierto, prueba, por lo ménos, la importancia que tiene lo que está ocurriendo en el palacio imperial. ¡Las religiosas expulsadas de los hospitales franceses por el laicismo republicano, son en cambio busca-

das y alojadas en los palacios protestantes!

PAUL FÉVAL.

No es posible leer sin conmoverse los siguientes párrafos de una carta en que Paul Féval cuenta su conversion al Padre Aquiles Rey, Superior de la Capilla provisional del Sagrado Corazon de Jesús, en Montmartre:

«..... Habia hecho una carrera brillante; se me tenia por hombre honrado y dichoso. Muchas personas me honraban con su estimacion, y hasta tenia envidiosos.

»Aconteció una vez que me ví arrastrado por la bancarrota de una sociedad de crédito donde guardaba mis ahorros.

»No caí de muy alto; pero caí.

»Una vez en el suelo, yo, que creia tener muchos amigos, me ví de repente solo en medio de mi familia, esto es, de los que viven por mí. No sabia ser pobre, y llegué á desear la muerte.

»Me quedaba como único recurso lo que algunos llamaban mi *talento*. ¡Oh, qué poca cosa! La víspera, en efecto, tenia su precio; pero hoy que queria cambiarlo por un pedazo de pan, los que compran el talento para revenderlo, me cerraron la puer-

ta, excepto uno solo, á quien doy gracias con todo mi corazon.

»Seguí trabajando, ¡pero tan poco y tan mal! Un día, en la miserable página empezada, ví pintada la desesperacion. Me acechaba. Tuve miedo. Llamé á Dios.

»Dios no vino; estaba conmigo. Le oí responderme en lo más profundo de mi sér; lo senti palpar en las entrañas de mi conciencia y derramé la primera lágrima, tan dulce para mis ojos, como cuando era niño la caricia matinal de mi madre que me despertaba en la cuna.

»Al otro día fuí á hablar con un hombre excelente que sabe mucho, que no se apura, y que me quiere. Puede ser mi hijo y yo le llamo mi padre. Me enseñó sin darme cuenta de nada, cosas tan grandes como sencillas, que yo creia saber; solamente que á medida que pasaban de su corazon al mio, se rasgaba el velo que cubria mi interior, de tal manera, que pude enseñarle desnuda el fondo de mi pobre alma, y por su boca, nuestro Padre, que está en el cielo, me perdonó.

»Al día siguiente era Navidad. Mi mujer y mi hija me condujeron temblando y con el corazon oprimido al santuario donde descansan los mártires más recientes de nuestros tiempos, que tendrá aún otros mártires. Me acerqué á la sagrada Mesa, é hice mi segunda Comunion cua-

renta y siete años despues de la primera.

»Así se anudaron los dos extremos de mi vida, pasando por el abismo de medio siglo perdido. ¡Bendito sea Dios en la grandeza de sus misericordias! Me levanté regenerado y fuerte. Con la ayuda de Jesucristo viviré y moriré con esta fuerza.

»A la vuelta nos esperaba en casa la sonrisa de los pequeñuelos. ¡Fué día de fiesta! Me devoraron á besos.

»Desde entonces ha vuelto la alegría..... En el tiempo de las vacaciones hay en casa horas felices. Somos diez. Todas las noches, los ocho niños se arrodillan al rededor de su madre, y yo, á los piés del crucifijo, digo la oracion que está en las primeras páginas del Catecismo. Sus voces desiguales me responden, algunas ya varoniles, otras ¡tan dulces! Allí están el soldado de mañana, el marino del año que viene, la cabeza rubia que dentro de seis años será de la escuela politécnica; el mofletudo angelote que pleitará dentro de doce; hay ya la que trabaja para vivir, y que no sabia ayer que sus estudios le *servirian*; la mayor de las tres, que trabajarán, que lo saben y de ello están orgullosas. Que Dios los bendiga á todos y á todas. ¡Padre mio, son buenos hijos, tienen buen corazon!»

A impulsos de la gracia, el célebre escritor refundió luego sus novelas, que convenientemente expur-

gadas, pueden hoy correr sin el menor peligro en manos de la juventud.

EN LA FESTIVIDAD

DE

NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES.

Coros acordes pueblen los aires,
Místico canto se oiga también,
Víttores, vivas, grata armonía,
Notas de gloria suenen doquier.

Corran las auras, pasen ligeras,
Vuele en sus alas dulce canción,
Cante el arroyo blandos murmurios,
Canten las aves, cante la flor.

Canten los mares, canten las sel-
Coros celestes canten sin fin; (vas,
Todos los séres, Virgen María,
Un himno nuevo canten á Tí.

Aspe este día llena de gozo,
Fiel se consagra toda en tu honor,
Mirto te ofrece, galas y flores,
De amor sincero tierna espresion.

Oye, Señora, deste tu pueblo
Las oraciones que hácia Tí van,
Y entre sus ecos recibe ¡oh Madre!
El pobre acento de mi cantar.

Rosendo C. Bonmati.

LOS CLAUSTROS.

Quién es el que, hablando de los monasterios, y queriendo á lo que entiendo, protegerlos, dijo un día: «Es necesario dejar refugios abiertos á los grandes arrepenimientos y á los grandes pesares?»

Semejante necedad se ha extendido de un modo prodigioso. No hay un solo honrado escritor, más ó menos católico, que no la haya presentado como objecion á los argumentos de M. Haÿin. Creo haberlo repetido ya cien veces.

Y por cierto que ha tenido una buena acogida en las cabecillas ligeras.

Ayer estaba yo viendo pasar una procesion. Iban en ella unos cuantos capuchinos vestidos con su burdo sayal, con los piés desnudos y la cabeza descubierta, bajo los ardores de un sol abrasador. Cerca de mí estaban dos graves franceses, uno comerciante de vinos de Borgoña, y el otro en vinos de Burdeos: ambos venden vinos, no de Burdeos ni de Borgoña, sino de Cette. M. Rapet dijo á M. Marechal:

— Estos capuchinos deben haber hecho mucho malo para imponerse una vida semejante.

M. Marechal respondió á M. Rapet:

— Sin embargo, quizá no haya entre estos hombres tantos malvados

como creemos. Yo por mi parte puedo decir que he visitado algunos conventos, y á fé mía que se ven en ellos caras muy honradas.

M. Rapet replicó:

— Son holgazanes.

M. Marechal continuó:

— Confieso que para nada sirven; pero yo quisiera que se les dejase vivir á su gusto. Si se mortifican, ningún mal nos viene con eso: y si gozan, no por eso somos nosotros más dignos de compasión.

¿Qué quereis, Rapet? el mundo algunas veces habla sin reflexionar lo que dice, y abriga aversiones infundadas contra esto ó lo otro. Estos lugares de penitencia, estos conventos, ó, como ellos dicen tambien, estos monasterios, segun nuestro modo de ver son cosas absurdas. Nosotros no querríamos por ningun concepto vivir allí dentro. Nos hace falta libertad de accion. Nuestra generosa sangre nos lleva irremisiblemente al centro de los negocios y de los placeres.

Sentimos la necesidad de hacernos útiles á nuestros semejantes, de gobernarlos, de explotarlos, de penetrar en los arcanos de las ciencias y de los negocios; la necesidad, en fin, de hablar, de escribir y de pensar.

Todo esto es muy bueno para nosotros. Nuestra conciencia está tranquila, porque no hemos hecho jamás ningun mal. Si acontece un sinies-

tro, no importa, ¡qué diablo! sabemos muy bien volvernos á levantar.

Pero reflexionemos: no todos los hombres se parecen á nosotros. ¡Cuántos pobres diablos hay á quienes se ve abatidos, solo por haber hecho algunos desatinos ó comprometido su fortuna, ó perdido á una mujer! ¿Qué han de hacer estas gentes? ¿han de matarse? no: seamos justos. Bien: se van á un convento. Se necesitan refugios para los grandes crímenes y para los grandes pesares.

Rapet cedió en vista de estas razones.

Hay ideas bien formadas, cuyo fondo de necesidad no se descubre más que al verlas acogidas por cierto espíritu. Yo hubiera abrazado de muy buena gana á Marechal. Acababa de desvanecerse una obcecacion como con la mano.

A Dios gracias, he conocido y tratado con gran número de religiosos monjes, *fratres*; clérigos de toda clase de hábitos y de toda clase de vocaciones. Los breves momentos que he permanecido en los monasterios han sido los mejores instantes de mi vida. Desde el dia en que por primera vez entré en la celda del P. Rozaven, como en la piscina que curaba á los leprosos y á los paralíticos, hasta el momento en que escribo estas líneas, he visto al monje en sus nobles claustros, solitario, sábio, cultivador de la tierra;

le he visto mendicante, hijo de Santo Domingo ó de San Francisco, en sus conventos semejantes á una columna; le he visto clérigo regular, jesuita, teatino, barnabita, en su pequeña celda atestada de libros y sitiado por los penitentes; he visto al misionero recién llegado de los pueblos antípodas; los he visto de cerca; he visto muchos, los he visto en el trabajo, en el recreo, en el coro y atravesando el mundo; los he visto viejos y los he visto jóvenes.

Es verdad que estas gentes llevan una vida laboriosa, mortificada, sacrificada; pero ninguno la había abrazado bajo la impresión de un grande arrepentimiento ó agobiado por un gran pesar.

La mayor parte han entrado allí jóvenes. En el pequeño número de los que han entrado á una edad avanzada, la mayor parte han realizado un deseo formado en su juventud, y que se ha mantenido firme á través de todos los contratiempos de la vida.

Han escogido el claustro no por haber cometido crímenes, sino porque temían hasta la sombra del pecado; no por haber sufrido grandes pesares, sino porque abrigaban hacia este asilo un entrañable amor. Por temor al pecado se han puesto al abrigo de él, y por amor á Dios le han consagrado su existencia para alabarle y para hacer, como víc-

timas, obras que los asocien á la grande obra de la Redención.

Han querido vivir sin tacha en el trabajo, en la humildad, en la caridad. Vivir para Dios. No me extraña que Mr. Marechal haya encontrado honradas sus fisonomías. Sin embargo, es cierto sin género alguno de duda, que los claustros han visto arrepentimientos grandes. Un rey de los lombardos, encerrado en un claustro por la clemencia de Carlomagno, se hizo voluntariamente fraile. Yo deseo otro tanto á algunos otros reyes.

Pueden citarse también grandes dolores; no obstante, no deben tomarse como ejemplos de ellos á Eloisa y Abelardo, única religiosa y único monje hacia quien Mr. Havin conserva profundo respeto.

Pero si no hubiese para poblar los monasterios más que los grandes arrepentidos de los grandes crímenes y los grandes dolores, esos monasterios permanecerían desiertos. Es más: nunca hubieran estado llenos.

Los verdaderos grandes crímenes son hijos de las grandes ambiciones. Su objeto principal son las grandes fortunas y los grandes placeres; precisamente lo contrario de la vocación monástica.

Los grandes dolores, los dolores que hacen lanzar gritos y mesarse los cabellos, solo tienen cabida en un alma mal templada, y son indicios de una fé incierta; ambas cosas

contrarias tambien á la vocacion religiosa.

Los grandes crímenes llegan á florecer y á dar su fruto en el gran mundo, ó llevar á sus autores á parar al Baño; los grandes dolores, los que se revelan con grandes gritos, concluyen en la cocina; en la ópera ó en unas segundas nupcias.

El gran crimen que se dirige al monasterio está ya perdonado; ha hecho ya las legítimas reparaciones: el gran pesar que se encamina hácia los claustros ya está consolado; ha aceptado ya la voluntad de Dios.

Mr. Marechal y Mr. Rapet se sorprenderian á la vista de los grandes arrepentimientos y de los grandes pesares de los claustros. ¡Cómo! dirian: ¿arrepentirse de no arrepentirse bastante? ¿Llorar por no poder llorar lo suficiente?

Los resultados de esta vida penitente y mortificada asombrarian más aún á nuestros dos honrados mercaderes de vinos falsos. ¡Cómo! exclamarian: ¿puede haber alegría sin una buena cocina y sin vinos?

Y, á pesar de todo, así sucede; la alegría habita en los claustros. Y la verdad es que es necesario conservar los claustros para dejar en este mundo un asilo á las grandes virtudes y á las grandes alegrías.

Pero, á propósito de frailes, me viene al pensamiento ese altivo y virtuoso Rousseau, que no quiere

que los hombres doblen jamás la rodilla. De todos los hombres que he encontrado en mi vida, los religiosos son los más incapaces de una bajéza, y no obstante, pasan su vida de rodillas.

No hacen nada sin haber pedido y recibido de rodillas el permiso del superior; se inclinan ante él por la mañana, por la tarde, cuando salen, cuando entran, en los ratos de trabajo y en los momentos de descanso. Este hombre ha sido elegido por ellos, pero su eleccion ha sido confirmada por una autoridad más alta, ante la cual se inclina él á su vez. Ha recibido su investidura del Papa á su vez investido por Jesucristo. Ante Jesucristo, pues, se inclinan, los que ante ese hombre se inclinan, y es Jesús el que por mano de éste les dá la bendicion.

Asi es que el religioso, en verdad, no hace nada servil, ni bajo, ni sin resultado. La menor de sus acciones, de tal manera santificada y bendecida, es grande, santa, sobrenatural. Obra en nombre de Jesucristo, de parte de Jesucristo, para Jesucristo y con la gracia de Jesucristo, Rey eterno de la tierra y de los cielos.

De tal manera es como el portero abre la puerta, y el cocinero cuida la cocina, y el menor fraile lego desempeña los más humildes oficios. De este modo todo es grande en esos hombres que están siempre de

rodillas; y en realidad no pasan su prosternada vida en la tierra; su vida está en el cielo.

Por eso la amenidad, la dulzura y la amistad fraternal reinan en estos recintos austeros y los llenan de alegría. Allí veis hombres dispuestos siempre á servirse unos á otros.

Entre los trapenses, cuando llega un huésped, se prosternan ante él y se le dá alimento mejor que el de los hermanos.

Rousseau, que durante una parte de su vida fué invitado á comer en la repostería, no hubiera perdonado á los trapenses sus proposiciones y no hubiera querido ser Abad de un monasterio benedictino, porque entre los benedictinos el Abad sirve el agua para lavarse á los huéspedes.

¡Qué altivo y virtuoso es nuestro Rousseau! ¡Qué vida tan feliz y gloriosa la suya, gracias á su soberbia y á sus virtudes!

Luis Veuillot.

MEDIDAS SANITARIAS.

Anda cerca de nosotros, segun dicen, la epidemia, y todo se vuelve estos dias hablar de medidas sanitarias, de medios de desinfeccion, de acordonamientos y fumigaciones. Está bien y es muy digno de aplauso este fervoroso celo. Mucho vale la salud corporal, y merece cualquier sacrificio el conservársela, así

á los pueblos como á los individuos. Sí; amigos míos, está muy bien. Pero ¿y las almas? ¿Valen menos las almas que esa groséfa cubierta de carne que las encierra? ¿Y peligrá menos en tiempo de epidemia la salud de ellas que la de los cuerpos? ¿No ha de haber para ellas tambien algunas medidas de sanidad? Si el hallarnos amenazados de epidemia significa que se han aumentado para cada uno de nosotros en un treinta, en un cincuenta, en un ochenta, ó en un ciento por ciento las probabilidades de morir, ¿no deben en igual proporcion aumentarse las precauciones, los cuidados, las recetas para bien morir?

A eso vamos, pues. Óigannos todos, que todos arriesgamos el pellejo aquí. Escuchen que medidas sanitarias debe tomar el cristiano en todos tiempos, pero muy particularmente en tiempos de epidemia, para asegurar su bien vivir y su buen morir. Son en todo análogas á las que estos dias recomiendan las Juntas facultativas para preservarse en lo posible de la asiática enfermedad.

1.^a *Limpiarse bien y echar á fuera á todo foco de infeccion y de inmundicia.*

Eso cristianamente hablando no significa sino ponerse en gracia de Dios, arrojando por medio de una confesion bien hecha todas las pestilencias de pecado que pudiéremos albergar en nuestro corazon. ¡Y son

tantas! Practicar, pues, en los adentros de él una rigurosa visita domiciliaria (vulgo exámen de conciencia); sacar de allí toda la basura que encontremos, que alguna será; abrir bien las ventanas todas del alma para que entren en ella abundantes y sanos, para desinfectarla, el aire y la luz del cielo. Esta debe ser la primera diligencia, y es de absoluta necesidad.

2.^a «Someterse á un régimen bien ordenado. Fuera alimentos peligrosos y de mala digestion.» Quiero decir, nada de diversiones profanas, nada de lecturas impías y obscenas, nada de tratos y concurrencias libertinas. Eso es para el alma lo que los excesos é intemperancias para el cuerpo. Si no la matan siempre de golpe, la predisponen á enfermar y morir. Se ha observado que mueren más comunmente del cólera las personas de vida desarreglada. También éstas son las que más comunmente mueren alejadas enteramente de Dios.

3.^a «Procurarse todo el sosiego posible, y no perder la serenidad, ni dejarse llevar de exajeradas alarmas y apreusiones.»

En eso convienen todos los médicos: el cólera ataca con preferencia á los miedosos é impresionables. Así para las almas como para los cuerpos hay contra eso un remedio especial y probado. Es procurar abandonarse por completo á la voluntad

de Dios. Esto se consigue reflexionando á menudo ante Nuestro Señor para qué hemos sido criados, que no es para este mundo, sino para la eternidad; que poco importa vivir acá veinte años más ó veinte años menos, como consigamos tener venturoso nuestro último fin; que lo de la otra vida es todo y lo de la presente es nada, y que felices los que mueren en gracia de Dios aunque sea entre los horrores de la epidemia.

Con esto, y juntamente con encomendarse á Dios, á la Virgen y á sus Santos, se dá firmeza al corazón y se temple el ánimo: esto corrige las vanas apreusiones hijas del demasiado amor á la vida: esto produce los actos heróicos de caridad en favor del prógimo, que tanto en semejantes casos se han de menester. Quien procure dar pasto diario á su alma con estas ideas, tiene mucho adelantado para no aterrarse, pase lo que pase; pues tiene siempre segura la retirada de la santa conformidad.

Estos tres consejos te doy, amigo lector, para que vivas conforme á ellos en todos tiempos, pero más en tiempos de cólera, si por nuestros pecados viene sobre nosotros este azote de Dios, que doloroso lo podrá ser, pero hemos de confesar que lo tenemos muy merecido.

Y si la perspectiva del cólera te excita á dar un repaso general á tu conciencia, y á limpiar ó á desinfectar

tar tu alma, y á entrar de veras en la vida de piedad, y tras esto mueres de él... ¡dichoso tú! la tal calamidad habrá sido para tí la mayor bendición de Dios.

F. S. y S.

(Revista Popular.)

CRONICA EXTRANJERA

NOTICIAS DE ALEMANIA.

El *Volksbote* de Hannover, periódico protestante, dice que desde la publicación de la ley de 14 de Julio de 1880, que autoriza á los Ministros del Interior y Cultos á aprobar la creación de nuevos establecimientos de Hermanas de la Caridad, se han fundado 55 conventos y han ingresado 2.335 Hermanas. Las Hermanas de la Caridad cuidan á los enfermos y á los indigentes, sin distinción de ideas, y en Hannover á mayor número de protestantes que de católicos. «La vida de las Hermanas —dice el periódico citado— es de abnegación y sacrificios, todos lo saben; que nuestros conciudadanos les proporcionen los medios de realizar la tarea que se han impuesto.»

Nada más elocuente que este elogio en boca de un enemigo.

Al saber el Sr. Arzobispo de Avignon que el cólera se habia presentado allí, abandonó en el acto á Nor-

mandia, donde se encontraba, presentándose en su diócesis.

Por su parte el Sr. Arzobispo de Aix, acompañado de su Vicario, anda por las casas de los coléricos, eligiendo con preferencia las de los más pobres.

Ahora vean VV. cómo corresponden los libre-pensadores á la abnegación del clero.

Un Diputado de París, un Sr. Maret, ha dicho en la Cámara que los periódicos del Var señalan el peligro de la presencia de los sacerdotes en los hospitales, peligro *grande* siempre, pero sobre todo en tiempo de epidemia, cuando la imaginación tanto influye sobre los enfermos.

Mas claro: lo que quiere el Sr. Maret, invocando *razones* de humanidad, es que en tiempo de epidemia no se permita que los sacerdotes penetren en los hospitales para confesar y viaticar á los enfermos.

La Cámara tuvo la *delicadeza* de no resolver nada sobre el particular; pero ¿qué hemos de pensar de una asamblea en que se permite que tales cosas se propongan?

Por indicación del Papa han salido ó van á salir para sus respectivas diócesis todos los Cardenales y Obispos que se encuentran en el Vaticano.

Esta salida tiene por objeto impedir que ni un solo día los fieles de las diócesis donde puede presentar-

se el cólera estén privados de su Pre-
lado.

OFRENDA DE UN REAL

PARA EL SEPULCRO DE PIO IX.

(Continuacion.)

Alonso Cosío-Arguelles, (D).—
Madre Mercenaria Sor Casta, (D).—
José Perez Ortiz, (D).—Severa Perez
Ortiz, (D).—Isabel Perez Ortiz, (D).
Antera Mora, (D).—Encarnacion Pe-
rez Mora, (D).—Leona Alises, (D).
—Diego Vallejo, (D).—Pedro Diaz
y Mora, (D).—José Chápuli Bafallin,
(D).—M.^a Antonia Guardiola, (D).
—Faustino Perez Ortiz.—Pepito Pe-
rez Chápuli.—Teresa Chápuli Guar-
diola.—Balbina Perez Chápuli.—Al-
fonso Perez Chápuli.—Balbina Co-
sío-Arguelles, (D).—Juan Perez Or-
tiz y Cosío, (D).—20.

Francisca Seyes.—Maria Calpe.—
Miguel Calpe.—Teresa Calpe.—Ca-
talina Ventura.—Joaquina Canor.—
Maria Paulin, (D).—Teresa Vilar.—
Juana Gonzalez Gonzalez.—Pedro
Cerbello.—Pilar Cerbello.—Carmelo
Cerbello.—Pedro Cerbello y Giner,
(D).—Pedro Gonzalez, (D).—Cata-
lina Molada, (D).—Dolores Molada,
(D).—Mariana Gonzalez, (D).—Pe-
dro Gonzalez, (D).—Manuel Gonza-
lez, (D).—Manuel Gonzalez, (D).—
Carmelo Gonzalez, (D).—20

Manuela Garcia.—M.^a Josefa Cer-

dán, (D).—Antonio Madroño, (D).—
Antonio Garcia, (D).—Inés Garcia,
(D).—Ambrosio Garcia, (D).—Anto-
nio Garcia de Marcilia, (D).—Ma-
nuel Cerdán.—José M.^a Tamarit.—
Josefa Vives.—Emilia Tamarit.—
Joaquin Ibarra.—Joaquina Estelles,
(D).—Juan Baustista Tamarit.—Te-
resa Ibarra.—Filomena Tamarit.—
Vicenta Jordan.—José Lignes, (D).
Josefa Roses, (D).—Josefa Leyes.
—20.

Concepcion Hernandez.—Adolfo
Yanguas.—José Hernandez, (D).—
Francisco Hernandez, (D).—Fran-
cisco Hernandez Noguea, (D).—Do-
lores Yanguas.—Concepcion Ramos
(D).—Mariana Hernandez, (D).—
Narciso Cuirano.—Francisco C.—
Mariano C.—Desamparados C.—Do-
lores C.—Maria Garcia.—Vicente
Noguera.—Maria Yanguas.—Maria
Aliage.—Juanito Noguera.—Miguel
Cuevas.—Margarita Albert.—20.

Ricardo P. del Pobil, (D).—Con-
suelo P. del Pobil, (D).—Melchor
Pastor, (D).—Vicente Ramos.—Vi-
cente Juan.—María Balaguer.—Mi-
guel Juan.—María Juan.—Vicente
Juan.—Eugenia Juan.—María Vi-
sen.—Josefa Esteve.—Josefa Lopez.
—Emilia Bernal.—Casimiro Bernal.
—Nieves Bernal.—Josefa Bernal.—
José Bernal.—Juan Ramirez.—Ma-
nuel Ramirez.—20.

Juan Sala Peris.—María Desam-
parados Laborda.—Carolina Sala
Laborda.—Agustin Laborda.—Cár-

men Galber y Robles.—Faustino Sala.—Rosa Peris.—Antonia Torres.—Buena Ventura Costa.—José Vicente Costa Torres.—Mariana Ferrando.—Buena Ventura Costa Ferrando.—Pedro Costa Ferrando.—José Vicente Costa Ferrando.—Pedro Ferrando Melendo.—Pedro Ferrando Sevilla.—Enrique Costa Torres.—María Melendo.—Fabian Costa.—Mariana Costa Ferrando.—20.

(Se continuará.)

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En San Nicolás, á las siete y media, misa de renovacion y á las ocho y media, misa conventual.

En Santa María, á las ocho y media, misa de renovacion.

En Nuestra Señora del Cármen, á las seis y media, misa de la Virgen, y por la noche Salve despues del Santo Rosario.

Domingo.—En la Iglesia de San Nicolás, á las ocho y media, misa conventual.

Los demás dias los oficios de costumbre.

En Santa María, á las ocho y media, tercia y misa conventual.

En Ntra. Sra. de Gracia á las cuatro y media de la mañana, será la misa de Alba en la cual se hará la renovacion, á las ocho la segunda y á las nueve la última.

Martes.—En las Capuchinas, dia de la esclarecida Santa Clara, Fundadora de las religiosas Franciscanas. Sus Hijas las Capuchinas celebran su festividad con misa solemne

y sermon á las nueve de la mañana, siendo panegirista de la Santa Madre el Sr. Canónigo de esta Colegial D. Joaquin Garcia. S. D. M. estará de manifiesto durante la funcion.

Jueves.—En Santa María, á las cuatro, vísperas solemnes y completas. A continuacion da principio la novena á Nuestra Señora de la Asuncion, siendo orador D. Joaquin Garcia, Canónigo de la Insigne Iglesia Colegial de San Nicolás.

En las Capuchinas, á las cuatro de la tarde, principiará la novena al glorioso S. Joaquin, y despues de ésta la de Ntra. Sra. de la Asuncion, terminando con los gozos cantados y Salve. Seguirán las dos novenas á la misma hora todos los dias.

Viernes.—En Santa María, á las siete misa de comunión general; á las nueve, tercia y misa solemne con sermon á cargo del Sr. Cura de lo misma. Por la tarde, á las cinco y media, ejercicios de la novena con sermon á cargo de D. Andrés Millá.

CANTARES

Y

OTRAS RIMAS QUE LO PARECEN

POR

D. JUAN VILA Y BLANCO.

Un cuaderno de 32 páginas en 8.^o con dedicatoria y 138 cuartetas.—A un real de vellon el ejemplar. Se hallará en casa del autor, Angeles, 4 y 6, Alicante.

ALICANTE.—1884.

Imprenta de Antonio Seva,
Progreso, 5.